

¡Requiem por el Congreso Del Trabajo?

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Cuando simplemente se disuelve, es difícil dejar constancia de la fecha de desaparición de un organismo social. En cambio, a veces puede extenderse el acta de defunción. Si el Congreso del Trabajo está, como parece, herido de muerte, se podrá fijar la fecha de su deceso o al menos del comienzo de su agonía. Fue el martes 14 de junio cuando el triste proceso que por supuesto puede no ser irreversible, tuvo una expresión pública notoria. Ese día no hubo, ni remotamente, quorum en la discusión ordinaria del Congreso. Es probable que en alguna otra oportunidad tampoco hubiera podido sesionarse por falta de mayoría. Pero la circunstancia esta vez era singular.

En primer término, la inasistencia fue abrumadora. Componen el Congreso del Trabajo 34 organizaciones, entre centrales, sindicatos nacionales de industria y pe-

queñas agrupaciones. A la reunión de ese martes sólo se presentaron siete, entre las cuales descollaba la Confederación de Trabajadores de México. También acudieron los dos sindicatos que, sin estar encuadrados en la CTM, en los últimos años eran, dentro del Congreso, los más próximos a esa central, el de telefonistas y el de la industria nuclear.

En segundo lugar, la causa de la inasistencia era muy delicada. No era como lo dijo taimadamente el presidente en turno del Congreso, el senador Napoleón Gómez Sada, que los representantes anduvieran muy ocupados "en eso de las huelgas". Al contrario, precisamente quienes se abstuvieron de asistir eran personeros de los agrupamientos que, por la razón que sea, no llegaron siquiera a los emplazamientos por aumentos de emergencia. El tema había sido en el seno del Congreso uno de los asuntos espinosos que condujo al actual estado de postración del mayor órgano nucleador del movimiento obrero que ha habido en la historia mexicana. Si el quorum no llegó a formarse, no era por las huelgas, y ni siquiera por tardanza atribuible a ese pretexto universalmente válido para toda demora en la ciudad de México, que son los embotellamientos.

La causa de la inasistencia era el tema a discutir, y la condena presidencial vinculada con esa materia, y las diferencias oportunistas que estaban saliendo a relucir desde una semana antes, al menos, en el seno del Congreso. La agenda preparada la semana anterior contenía un rubro sobre el que no hubo nunca consenso, pero que cinco días antes del martes 14 se había convertido en tabú. Por eso no acudieron las representaciones de 27 centrales y sindicatos. Para no verse enredados en una discusión donde el supremo argumento de autoridad iba a ser el único válido.

Como se recuerda, el 31 de mayo la CTM, por conducto del propio secretario general del organismo, Fidel Velázquez, presentó un plan de siete puntos para establecer un pacto nacional de solidaridad, con la mediación del gobierno federal y teniendo a las cámaras y confederaciones patronales como contrapartes. El plan era un proyecto contemporizador. Sobrevino a las complicaciones que en el interior del propio Congreso siguieron al acuerdo, que finalmente no logró fuerza obligatoria, de emplazar a huelga por aumentos de emergencia al finalizar el mes de mayo. Prácticamente sólo la CTM, y algunos sindicatos, pero ni siquiera todos los cetemistas, tomaron providencias para suspender actividades en las empresas donde no se acordaran tales incrementos. Simultáneamente, se prorrogó el término para el estallido de las huelgas, hasta el nueve de junio. Al presentar el proyecto de pacto social, la CTM y Velázquez en particular estaba reculando. No podían retirar sin más los emplazamientos, pero con la oferta de congelación estaban dando garantías al gobierno y a las empresas de que en los siguientes meses no habrá mayores reclamos de nuevos incrementos.

Pero ya era demasiado tarde. La fuerza de la crisis hizo que posiciones hasta entonces retóricas, de pura palabra, manejadas por las direcciones sindicales, se transformaran en demandas reales de la base de los trabajadores.

Por ello, el nueve de junio empezó a formarse un panorama oscuro, tenso, en el ámbito laboral, presagiente de tormenta. Más de cuatro mil empresas pararon a partir de ese día. Casi todos los sindicatos emplazantes a huelga eran de la CTM. Característico de esa situación fue el fenómeno de los cinematografistas, cuya huelga hizo notar durante pocos días en la provincia y casi una semana en la capital a los trabajadores no organizados, es decir al resto del público, el tamaño de la crisis. Cuando ya ni cine había, es que algo gordo estaba en verdad ocurriendo.

Ese mismo día, acaso por el influjo de esa situación, el presidente De la Madrid produjo su ahora célebre discurso de Guadalajara, al que ya nos referimos aquí la semana pasada. Desvincularse de la demanda cetemista, rechazarla tajantemente, y adjetivar a quienes la habían formulado produjo, entre otras consecuencias, que la desbandada en el Congreso del Trabajo se intensificara o se iniciara. Ya estaban sembrados los gérmenes de la dispersión, y fertilizada la tierra en que florecerían. La cachaza del líder principal de la CTM contribuyó al resultado final. En vez de quedarse en México a capear el temporal, aprovechó la muy feliz circunstancia de que se reuniera el comité de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, al que don Fidel pertenece, para marcharse a Oslo como si aquí no ocurriera nada. Todavía tuvo la presencia de ánimo, el humor o la desfachatez para hacerse el desentendido respecto del regaño presidencial, como si se hubiera tratado de otra persona el destinatario. En su ausencia, el senador Arturo Romo, uno de los artífices de la nueva posición cetemista que ahora resultó derrotada, se presentó a la repetida sesión del 14 de junio. Allí se rindió ante la evidencia, aunque no hubiera sido necesario esperar a ese día para conocer con precisión el curso que iban a tomar los acontecimientos. Al comprobar la reducidísima asistencia, Romo declaró que por lo visto no había las condiciones para que prosperara el plan cetemista y lo retiró. En efecto, no había condiciones. Al plan de la CTM le faltó sólo un voto. El que cuenta.

Dejemos para otra ocasión reflexionar sobre la gravedad del fenómeno político por el que la principal agrupación obrera del país, con la fuerza social que representa, sea manejada por la voluntad presidencial. Consideremos ahora, simplemente, si la postración y aún desaparición del Congreso del Trabajo favorece o no a la clase trabajadora mexicana. Fundado el 19 de febrero de 1966, como símbolo de reconciliación de agrupamientos obreros que habían ido distanciándose al grado de formar por un lado el Bloque de Unidad Obrera y por otro la Central Nacional de Trabajadores, el Congreso fue durante largo tiempo sólo un aparato burocrático charrificado. Pero los embates de la crisis, que se anunciaba ya hace diez años, encontró en esa coalición de centrales y sindicatos una barrera que se afianzó en el combate. El populismo de Echeverría permitió constituir el Comité Nacional Mixto de Protección al Salario, un mecanismo modernizador de las tareas del Congreso del Trabajo, que dio nuevas vías de acciones y nuevas perspectivas teóricas al principal agrupamiento obrero mexicano. Ya en la etapa de López Portillo, después de la devaluación, el papel del Congreso del Trabajo se perfiló con mayor nitidez, como un instrumento de política social del movimiento obrero. Es verdad que no perdió nunca del todo su tufo charro, principalmente cuando lo encabezaban (la dirección se muda cada semestre) líderes a la antigua usanza, como su actual presidente Gómez Sada, que no son capaces de respirar los aires nuevos que el equipo de asesoría propiciaba que corrieran dentro del Congreso. Es verdad también que las diversidades internas no permitían siempre tomas de posición definidas. Pero en el ámbito de la planeación económica y social produjo documentos que en otras administraciones le hubieran valido respeto. Casi como cantos del cisne, sus actitudes en el foro de consulta popular para la comunicación social y convocando a repudiar la política guerrillera de Washington en Centroamérica daban idea del tono y la materia de sus preocupaciones actuales.

El Congreso del Trabajo está postrado. Quizá está herido de muerte. Su deceso sobrevendría en una etapa en que la aglutinación de los esfuerzos políticos de la clase obrera es imprescindible, para defenderse de los embates de la crisis. Por eso, lo que le pasa al Congreso del Trabajo, cualquiera que sea el juicio que se tenga sobre él, no puede ser soslayado. Su desmantelamiento es un golpe al obrerismo mexicano, no sólo a sus burocracias, sus cúpulas y sus charros.